

MI LIBRO FAVORITO

El amor en los tiempos del cólera

JOSE CARDOSO PIRES



on fecha no registrada, pero indudablemente en los primeros años de esta década, Gabriel García Márquez mandó que se detuviese la cabalgata de coroneles salvajes y de generales apócrifos que infestaban la leyenda del Caribe y se sentó a escribir una historia de amor.

En torno estaba la patria de Macondo que se había vuelto universal gracias a las sagas indomables que había hecho correr por el mundo y que hoy se encuentran registradas en los catálogos de la literatura. En el centro, como siempre, García Márquez se presentaba poblado de fantasmas condecorados, brillos de oro y perfumes asesinos pero, ahora, vuelto hacia el paraíso primitivo del río de La Magdalena al cual iría a desaguar su narrativa.

Había escrito otras y de otras maneras (el amor y la sangre siempre estuvieron en él) y en todas ellas había vuelto más creíbles el mundo y la historia, configurándolos a través del mito y de la leyenda. Realismo mágico, así se designó (impropiamente, me parece a mí) esa su manera de contar: fue así como los teólogos de la literatura la nombraron y así como las legiones de imitadores le siguieron el rastro, de Sudamérica hasta Europa.

Pero sucede que aquel día, frente al río de La Magdalena, cesó de repente el tropel de los aventureros enloquecidos y, en vez de la muerte anunciada, se anunció el amor. Atrás quedaron aquellas señales premonitorias y aquel registrar el caudal de referencias, delirios, memorias y explosiones visionarias, que son las marcas personales del discurso de Gabriel García Márquez. Después de tantas crónicas y romances de pasiones intempestivas, los vientos del terror se quietaron y la espuma de las venganzas se secó e hizo polvo. Una nueva luz condujo la mano del narrador hacia otro horizonte y hacia otra caligrafía menos mágica (aparentemente) y menos tumultuosa y él, con decisión complacida, la dejó seguir. La dejó correr,

factual y cumplidora, como si rellenase un relato circunstanciado, diría yo. O como si desenvolvese, verso a verso, un *vallenato* del antiguo romancero popular colombiano.

Y entonces vimos surgir, no a un coronel analfabeto envuelto en humo de pólvora, no a un terrateniente sanguinario, no a un patriarca en el ocaso

Era un amor meditado, pero sin puertos ni cuadrantes porque se había constituido mundo en sí mismo. Navegaba bajo el pabellón de la cólera y, «tanto más denso cuanto más cerca de la muerte», resplandecía al sol y a la luz de la luna como un anillo de fidelidad.

Amores así son oro antiguo, votos

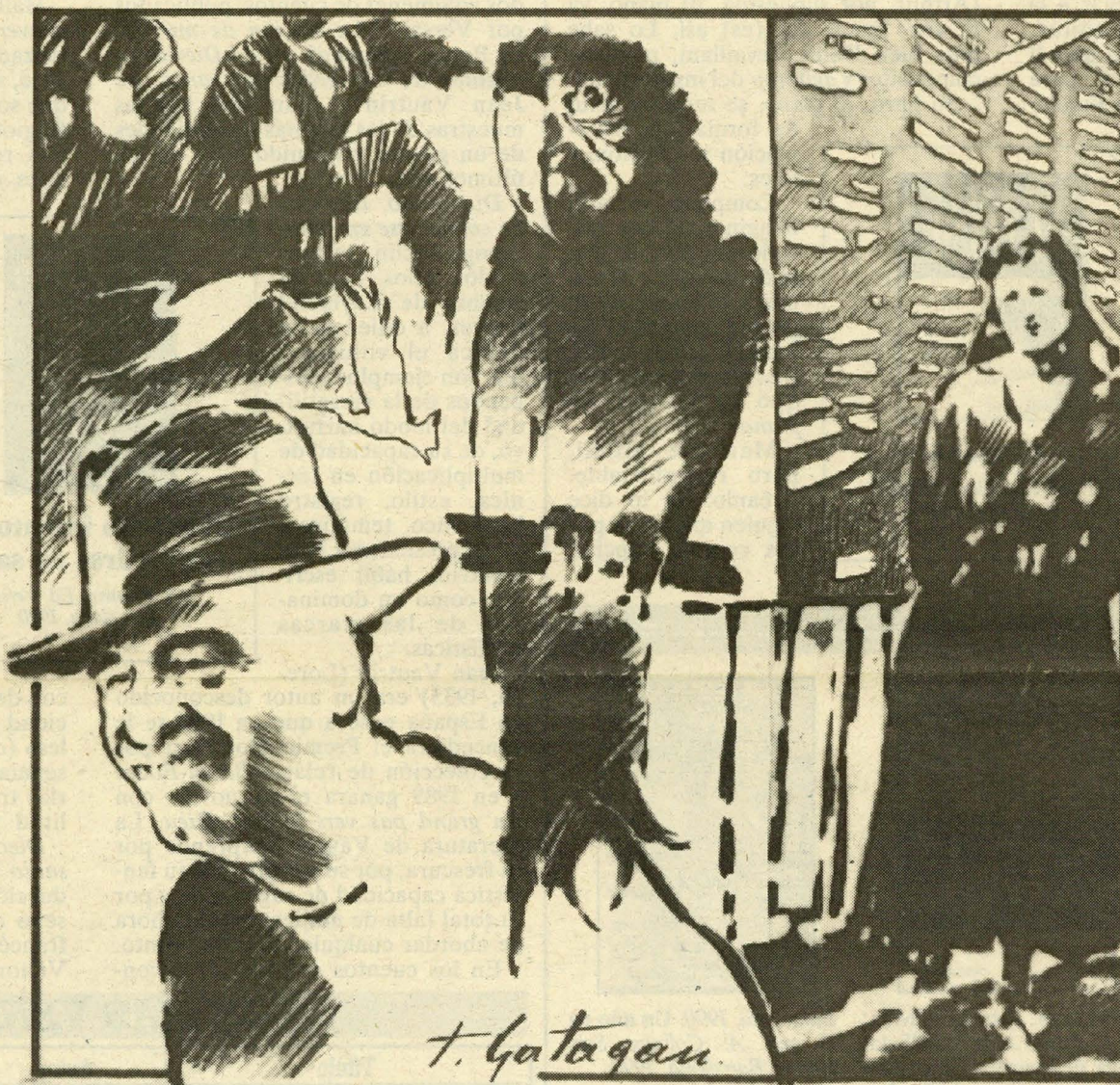
lo hicieron con versos públicos y venerados. El héroe de *El amor en los tiempos de cólera* no. Era un ciudadano oscuro y poco más; de ahí la sorprendente revelación de su aventura magnífica. Escribiente comercial y enamorado preterido, no disponía, como mandan las pasiones clásicas, de glorias que le compensasen de su soledad, ni de confidente que le escuchase. Por eso, ciertamente por eso, transfería su dolor anónimo escribiendo anónimamente «para los enamorados implumes, cartas de amor en el Portal de los Escribanos».

Siempre que releo a este héroe discreto que, por amor, se sobrepuso a las reglas del tiempo y de la sociedad hasta el triunfo final, siempre que le vuelvo a ver tocando el violín para la mujer amada en la soledad de un cementerio de pobres, o a contemplarlo deslumbrado en presencia de un cuerpo presente, o hablando con ella, *tête-à-tête*, en un jardín de flores funerarias..., siempre que esto sucede me viene a la memoria Don Juan y sus alianzas de amor con la muerte.

Porque en esta novela es bajo el imperio de un estandarte de la muerte como la felicidad recorre el río de La Magdalena, río de la gloria. O río del Encuentro y de la Reconciliación, podemos nosotros llamarle hoy, ya que fue por él que dos amantes se liberaron del mundo que les había separado a lo largo de toda una vida. Allí navegaron en amor hasta la eternidad, nos dice la novela, y ellos asumieron ese amor con una redención, una coronación final. Seguían en viaje triunfal el camino de la muerte, sabían eso y no se sentían intimidados porque era precisamente la certi-

dumbre de esa fatalidad la que les impelía hacia el amor y les llevaba a abrazarlo como una eternidad, un viaje sin regreso.

Me detengo. Esto basta, en cuanto a mí, para que *El amor en los tiempos de cólera* justifique la dimensión que le atribuyó de novela ejemplarmente clásica y el lugar de privilegio que le reservo desde la primera lectura.



o a un pájaro humano caído de los cielos sino, simplemente, a un burgués silencioso y modesto: un escribiente de la Compañía Fluvial del Caribe que, durante cincuenta y tres años, siete meses y once días, había dibujado, confiada y pacientemente, el destino que le habría de conducir en sábanas de amor a las aguas del río de La Magdalena.

supremos. Vienen de los Libros Sagrados, Jacob y Raquel, o de Maestros Profanos de la estatura de Dante o de Petrarca, y perduran para siempre jamás en memoria de perfil clásico y altivo. Pero los *Libros Sagrados* los dictó e Creador para conocimiento universal, y Dante y Petrarca, genios de la otra cara de la creación, siempre que se dirigieron a las amadas ausentes